

Ginette Kolinka

Regreso a Birkenau

Escrito en colaboración con Marion Ruggieri





Seix Barral Los Tres Mundos

Ginette Kolinka

Regreso a Birkenau

Escrito en colaboración
con Marion Ruggieri

Traducción del francés por
Isabel González-Gallarza

Título original: *Retour à Birkenau*

© Éditions Grasset & Fasquelle, 2019
© por la traducción, Isabel González-Gallarza, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2020
ISBN: 978-84-322-3614-3
Depósito legal: B. 26.417-2019
Composición: Realización Planeta, S. A.
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

La última vez que volví a Birkenau era primavera. Los campos se llenaban de flores, la hierba estaba verde y límpido el cielo, se oían los trinos de los pájaros. Era hermoso.

¿Cómo puedo emplear esa palabra? Y, sin embargo, la dije, la pensé: «Es hermoso».

Vi a lo lejos una silueta que recorría la pradera. En un primer momento me pareció increíble, pensé: «No es posible», pero sí: era una mujer que estaba corriendo. Estaba haciendo *footing*, ahí. En esa tierra fértil e irrecognocible, que tantos muertos había visto, en ese aire que olía a amanecer fresco y a rocío.

Corría tranquilamente. Me quedé anonadada. Tuve ganas de gritar, de decirle: «¿Estás loca?».

¿Lo estaba yo?

No hay que volver a Birkenau en primavera. Cuando los niños juegan en el tobogán en los jardines de las casitas que bordean la antigua vía férrea que llevaba al campo y a su funesto apeadero, la *Judenrampe*.

*

16 de abril de 1944. El tren se detiene por fin. Me siento como si hubiera dormitado todo el trayecto. Al otro lado de la puerta se oyen voces que gritan, perros que ladran, el ruido de los goznes al abrirse: un aire frío se cuela dentro del vagón, ¡qué agradable! Después de tanto tiempo hacinados en la oscuridad y el hedor. ¿Cuántos días, cuántas noches? Tres días y tres noches, me dicen, así que yo lo digo a mi vez, tres días y tres noches. Conmigo están mi pa-

dre, mi hermano pequeño, Gilbert, y mi sobrino. Me recuerdo rechazándole algo a mi hermano en el vagón. ¿Algo de comer? ¿Quizá en Drancy nos dieron algo de comida para los niños? ¿Algo para los J3? Durante la guerra, en razón de las restricciones alimentarias, nos dividen en categorías: los J1, que son los bebés, los J2, los J3, etcétera. Los J1 tienen derecho a leche; los J2, a leche con un poco de harina; los J3, a galletas; y los adultos, a vino. Me oigo repetirle a mi hermano durante el trayecto:

—No, Gilbert, no te lo comas todo de una vez, no sabemos cuánto durará el viaje...

Mi padre tiene sesenta y un años. Hoy en día eso es ser joven. El pobre ha conseguido hacerse con dos mantas en el momento de marcharnos. Está tan flaco que las ha ocultado dentro del pantalón. Nos sentamos encima lo mejor que podemos. Hay un poco de paja en el suelo. Es un vagón de mercancías, ciego, sin ventanas ni rejas. Durante mucho tiempo creí que habíamos subido en la estación de Bourget,

pero más tarde me enteré de que había sido en Bobigny.

Allí, al bajar de los autobuses procedentes de Drancy, ya no hay policías franceses. Oigo voces, órdenes, gritos. Nos empujan con violencia para agruparnos y, desde allí, vamos hasta el andén. Veo el tren de mercancías, en mi ingenuidad pienso que saldrá y llegará otro para nosotros. Pero vuelven a empujarnos hacia los vagones: *Schnell!* Es la primera palabra que aprendo en alemán.

En el vagón no nos separamos; papá, Gilbert, mi sobrino y yo nos quedamos juntos, de pie, mirando hacia la claridad del andén, apiñados; de hecho, nadie se sienta mientras las puertas siguen abiertas. Veo todas esas siluetas a las que hacinan hasta que se confunden unas con otras. Una ola de sombras. Un fuerte ruido metálico ahoga el último rayo de luz. Cierran las puertas con llave. Cae la noche, no siento

miedo. Pienso que podremos trabajar en los campos o en las fábricas. Mi sobrino tiene catorce años pero parece mayor, es robusto y espabilado. En cuanto a mi padre, sabe coser a máquina, así que lo tranquilizo: «¡Irás a un taller!». ¿Cómo pude creer, hasta el final, que me pondrían a trabajar? ¿Cómo no sospeché nada? Mis ojos se acostumbran a la oscuridad: veo la paja en el suelo y algo parecido a un cubo o un bidón en un rincón. Sentarse es casi imposible. Somos tantos los que estamos ahí amontonados... Y, una vez sentados, ¿cómo colocar las piernas? Y una vez colocadas las piernas, ¿cómo levantarse, cómo hacer uno sus necesidades? Me lo pregunto... Levantarse sin pisar a los demás es un curioso ejercicio: una vez sentada, no recuerdo haberme movido.

Los faros nos ciegan. Unos soldados saltan al vagón. Gritan: *Schnell!* Nos empujan, nos levantan a la fuerza, nos hacen bajar. Algunos

quieren coger sus bolsas, unas mujeres se aferran a su mísero equipaje, pero los soldados se lo impiden, retorciéndoles el brazo; las maletas se quedan donde están. Hay gritos, empujones, órdenes en alemán. Los perros ladran en el andén. No entiendo nada. Alguien me traduce:

—Nos van a llevar andando al campo, pero está lejos. Hay camiones para los más cansados.

Setenta años después, esa frase aún resuena en mi cabeza. «Hay camiones para los más cansados.» En mi ingenuidad, esa ingenuidad que quizá me salvara y los condenara a ellos, pienso en mi padre, que ha perdido peso en las últimas semanas, extenuado por el viaje, pienso en Gilbert, mi hermano pequeño, que sólo tiene doce años, en su cabecita despeinada. Y me oigo a mí misma gritar:

—¡Papá, Gilbert, subid al camión!

Así al menos se ahorrarán ese trecho a pie.

No les doy un beso. Desaparecen.

Desaparecen.

Me quedo en el andén con mi sobrino, cegada por las luces de los faros. Despunta el alba. Alguien grita:

—Los hombres a un lado, las mujeres y los niños a otro.

Cojo a mi sobrino, tiene catorce años, es aún un niño aunque aparente más edad. Pero ha hecho amigos en Drancy o en el tren, algo mayores que él, y prefiere quedarse con ellos. Lo entiendo, después de todo, yo tengo diecinueve, ¡habría hecho lo mismo! A él tampoco le doy un beso.

—Vete con tus amigos, hasta luego.

Nos reparten en hileras, de cinco en cinco. Cada hilera pasa delante de unos soldados que nos seleccionan y nos colocan a uno y otro lado de una línea imaginaria. Yo puedo caminar, las demás suben a los camiones, incluso las que no

quieren. Me entero de que estamos en Birkenau, en Polonia, y a cada paso pienso en Gilbert y en papá, qué bien han hecho en ahorrarse esto. Distingo humo, será la chimenea de la fábrica, de hecho a lo lejos veo mujeres trabajando. Cuanto más nos acercamos, más raras me parecen: calvas, de una delgadez anormal, se diría que están locas. Yo aún estoy cuerda del todo y, en ese instante, me pregunto si no habrá un campo de dementes por los alrededores. Nos observan sin levantar la mirada, reparo en sus ojos perdidos, hundidos en las cuencas.

Al cabo de un kilómetro más o menos, giramos a la izquierda y entramos en un vasto edificio. A lo largo de un lado de la sala hay una hilera de mesas, detrás de las cuales nos esperan unas mujeres dispuestas de dos en dos. «¡Desnudaos!», nos ordenan. Algunas de nosotras aún visten un abrigo o una chaqueta, yo sólo llevo un jersey de lana. Me lo quito, lo doblo y lo

dejo en el suelo. *Schnell! Schnell!* Prosigo, me quito el vestido o la falda, no recuerdo, y me quedo de pie, en combinación. Sigue siendo demasiado, así que me la quito también y me quedo en ropa interior. Soy la menor de seis hermanas, dormimos juntas todas las noches en la misma habitación, tres en cada cama, y nunca las he visto desnudas. Mi madre nos ha educado así. En ese instante aún conservo la esperanza... Pero mi mundo entero se tambalea. Me desbrocho el sujetador y me quito las bragas. Intento taparme el sexo con una mano y el busto con la otra. Bajo la mirada, pero aun así veo, y nunca habría imaginado esa escena: pechos caídos sobre pliegues de carne, la piel del vientre que cae sobre los muslos... Nos dicen que nos acerquemos a la mesa. ¿Hay que escribir algo, firmar algún papel? Una de las dos mujeres me coge el brazo, me siento expuesta. Me tatúa: número de identificación 78599. Al parecer, las hay que gritan de dolor, de sorpresa, de espanto. Ni siquiera sé si duele, la vergüenza

de la desnudez es tal y tan intensa que no siento nada más.

De todas maneras, no tengo tiempo de pensar, ya nadie tiene ese tiempo, pertenece al pasado, a la desorganización. Nada más tatuarnos, nos dirigen desnudas a otra sala. Allí otras mujeres nos afeitan. Nos afeitan delante de todo el mundo. No sólo la cabeza, también el vello púbico. Hay que ser de verdad perverso... ¿Quiénes son esas mujeres? ¿Son polacas? ¿Alemanas? ¿Deportadas? ¿Hablan yiddish? ¿Alemán? Algunas de nosotras las entienden y las acosan a preguntas, les imploran:

—Mi hijo ha subido a un camión, ¿dónde está?

—Me han dicho que le dé mi bebé a mi madre, y lo he hecho, ¿cuándo volveré a verlos a los dos?

Parecen llevar allí mucho tiempo, así que

deben de saberlo. Y contestan de mala gana, sin interrumpir su tarea:

—¿Veis ese humo de ahí fuera? ¡Pues ahí están! ¡Son sus cuerpos, son vuestras familias lo que están quemando!

Sueltan eso, pero nadie las cree. ¿Cómo creerlas? Yo desde luego no las creo. Pienso que no puede ser, que esas chicas se han vuelto inhumanas sin quererlo. Nos tienen envidia, sobre todo a nosotras, las francesas, por nuestra fama de frívolas, de pretenciosas que no saben lo que es sufrir. Nos imitan, remedan nuestro acento, se burlan de nuestros modales afectados, se vengan de nosotras. Pero a saber lo que habría hecho yo en su lugar. Quién sabe si no me habría vuelto como ellas.

Nos repiten:

—Todos los que han subido a los camiones han ido a las cámaras de gas. Los han asesinado y han quemado sus cuerpos.

No las creo, pero lo sé.

Ya sólo pienso en eso.

El suelo se cubre de un grueso manto de cabello en el que flotan largos rizos intactos: suaves y ondulados, vienen directos de la infancia.

Nos empujan hacia las duchas. Unas pocas gotas frías, sin jabón ni toalla. Lo justo para mojarnos. Nos miramos unas a otras, desnudas, con el cráneo y el pubis rapados, tiritando aturcidas. Envilecidas. Una madre no habría reconocido a su propia hija. En la fila que nos lleva al reparto de ropa, me paso la mano por la cabeza húmeda, todavía me queda algo de pelo. También a Marceline, que ha viajado conmigo desde Marsella y a la que se distingue fácilmente porque es pelirroja. Las mujeres nos tiran harapos a la cara. Las judías no tienen derecho a vestidos de rayas, son demasiado bonitos para ellas, esos vestidos son para las presas políticas, y cuando nos veo, aún hoy, re-

presentadas así, me pongo mala. Da igual que seamos delgadas, gordas, altas o bajas, cogemos lo que tienen a bien arrojarnos. A mí me toca una especie de combinación, un jersey y una falda de punto. Los zapatos no los recuerdo. Sí recuerdo que no me dan calcetines ni medias, ni tampoco bragas ni sujetador. Tengo las piernas y las nalgas desnudas, sólo siento eso, el contacto obsceno de la piel contra la tela. Una vez vestida, una mujer me hace volverme a la fuerza y me pinta una gran cruz en la espalda. Luego me saca de allí junto con las demás.

Imaginen.

Un barracón. El suelo es de tierra batida, o eso creo. El hedor es tan fuerte que no se disipa ni con las puertas abiertas. Dentro, hasta donde alcanza la vista, hay mujeres sentadas espalda contra espalda sobre tablas de madera, hacien-

do sus necesidades. Todas juntas. Hileras de nalgas. Hay una en concreto que tiene las nalgas de varios colores: amarillo, rosa, morado. Pero no es tanto eso lo que me impresiona, sino lo que hace: se orina en las manos y luego se extiende la orina por el trasero.

A su lado veo a otra mujer, la columna vertebral le atraviesa la piel de la espalda, los huesos de la pelvis, parece un esqueleto, como en las ilustraciones de anatomía del colegio. ¿Cómo es posible? Y en medio de todo eso está la responsable del bloque, cocinando. En ese infierno de hedor, frente a todas esas nalgas que hacen sus necesidades, ahí está ella con su hornillo, preparando su comida tan tranquila. Si alguna se niega a sentarse, la obliga por pura maldad. Si tarda más de la cuenta, la echa. Y es que tienen que irse, todas, quizá porque llegamos nosotras. Y si alguna no ha terminado, peor para ella, la empujan, la echan de ahí, si no es la *kapo*, es otra deportada. Pero lo que sea que está haciendo, excrementos, orina, lo sigue

haciendo, le resbala por las piernas, cae sobre sus harapos y en el suelo. Yo me miro los pies.

Es nuestro turno, nos toca sentarnos a nosotras. Yo no quiero, no puedo. Pero a las que se niegan, a las que se quedan de pie, de nuevo la kapo las obliga, las coge de los hombros y les propina un golpe en el vientre. No tardaré en entender que no decidimos nosotras cuándo ir al baño, nos llevan a la fuerza. Todas tenemos prisa, estamos enfermas, y nadie o casi nadie tiene bragas. Así que si no tenemos la suerte de disponer de un agujero, apartamos a la que esté sentada. Y si tienes algo que cambiar, como mondaduras de patatas, se las das a la kapo y a la encargada, y ellas hacen la vista gorda si te demoras un poco.

*

Yo cuento esto, lo veo, y pienso que no es posible haber sobrevivido a ello. Veo y siento.

Pero ustedes, ¿qué es lo que ven?

Cuando vuelvo al campo como acompañante en viajes escolares, siempre quiero enseñarles ese lugar a los alumnos. Si no, uno pasa de largo sin detenerse, no es más que una sala vacía y limpia. Para los guías no tiene mucha importancia, me parece. No son conscientes.

*

Hasta entonces todavía éramos seres humanos.

Ahora ya no somos nada.

El barracón de cuarentena es una sucesión de nichos de madera dispuestos en tres niveles de cerca de metro y medio de alto: la *coya*. La *blokova* encargada de vigilarnos nos separa con brutalidad en pequeños grupos y nos alinea delante de cada box. En mi hilera somos die-

ciocho. Habla alto, no entiendo nada de lo que dice, pero sus gestos me bastan: dormiremos seis por nivel. Como no hay manera de que quepamos las seis tumbadas de espaldas sobre el jergón, tenemos que colocarnos pies contra cabeza, encajadas unas con otras. Nos corresponden dos mantas que me producen arcadas sólo de verlas. Pero ahora hay que acostarse, así que me desvisto como una tonta. Me quito el jersey y la falda para hacerme una almohada, y me quedo en combinación. Algunas se desvisten, otras no. Llevamos tres días sin lavarnos, el hilillo de agua de la ducha no ha servido de nada. Tengo los pies sucios de una chica en la cara, debajo de los ojos, pegados a la nariz, dentro de la boca. Pero me duermo enseguida. No pienso ni en mi padre, ni en mi hermano, ni en mi sobrino. Caigo. Una noche sin sueños.

Aufstehen! «¡Arriba!» Es el recuento... La blokova ha encendido la luz. Acabamos de

acostarnos y ya tenemos que levantarnos. Son las tres y media de la madrugada. Disponemos de tres minutos para recuperar nuestros harapos, bajar de la cama, vestirnos y reunirnos fuera. Busco mi ropa a tientas.

Veo pasar a la blokova delante de nuestra coya; aún no estoy lista. Y eso que estoy en el segundo nivel, en un buen sitio, entré la última, así que duermo en el borde, no me cuesta salir del jergón como a las demás, no tengo que esperar a las tardonas... El dolor me coge por sorpresa. No la he visto venir, la oigo: «*Schlag!*, *Schlag!*», y siento la culata que me parte los huesos. Son los primeros golpes que recibo en mi vida. Y la última vez que me desvisto antes de dormir.

Todas las mujeres que tienen un puesto, por mísero que sea, tienen motivos para golpearnos. Tienen el derecho y lo aprovechan.

El recuento no dura mucho. La blokova sólo cuenta a las deportadas de su barracón. ¿Cuán-

tas somos: seiscientas, setecientas? Sinceramente, no tengo ni idea. Estamos fuera, en fila como fantasmas. Si sacas un pie de la fila, te pegan. Cada hilera tiene que estar completa. Todo el mundo tiene que contestar «Presente». Hasta los enfermos, hasta los muertos. Cuando una amiga no se encuentra bien, las demás cargan con ella, la sujetan, no tiene derecho a estar sentada ni tumbada. A las muertas se las arrastra. A la primera muerta la respetamos, nos conmueve, es algo que nunca habíamos visto antes. La agarramos de los pies y los brazos, una chica delante y otra detrás, el trasero roza el suelo y se mancha de tierra. Intentamos sostenerla en pie a nuestro lado como podemos, colocarla como es debido, dignamente. Después ya no tenemos tiempo ni respeto por la muerte: un brazo por aquí, la cabeza gacha, el cuerpo de cualquier manera. La primera vez que me desperté en Birkenau vi montones de trapos en los rincones del barracón.

Eran las muertas de esa noche.

El recuento ha terminado, estamos todas. Hacen falta voluntarias para ir por el «café». El barracón está lejos de las cocinas, nadie se ofrece. La kapo reúne a doce personas a golpe de *Schlag*. Cuatro por cubo. Son bidones con asas de metal. Vamos dos delante, una por asa, y dos detrás para una sola asa. Las de detrás tienen que coger el asa con una mano y apoyar la otra en el hombro de la compañera de delante, para no pisarle los talones. A la vuelta de las cocinas empieza el reparto. Las chicas nos sirven el café en una escudilla de hierro o en una lata de conserva tan usada que el borde está oxidado. Eso me recuerda que, de niña, en algunas casas no había cubiertos de aluminio o de plata sino de hierro, me parecían divertidos porque se te pegaban en los labios... Somos cinco por fila, cinco para una sola escudilla. No tenemos cuchara, eso es «demasiado fino para las judías». Las de boca grande, las que aún

tienen resuello, juegan pues con ventaja. La primera bebe lo que le da la gana, la segunda también. A partir de la tercera, hay que aspirar lo más posible, hace falta resuello para beber el máximo de líquido. Mientras tanto, la última empieza a sentir miedo. Sabe que puede que no quede nada para ella.

Los golpes suelen caer al azar.

Durante la cuarentena no se trabaja, pero la blokova puede venir en cualquier momento a buscarnos para asignarnos una tarea. Me encuentra sentada en el último nivel de la coya con las piernas colgando, porque es imposible mantenerse erguida en el de abajo y el del medio. Escucho lo que dicen las otras chicas pero no meto baza. Soy huraña, tímida. Sólo pienso en mi padre y en mi hermano. La blokova me da un fuerte golpe en las rodillas y me tira al

suelo. Al caer me raspo la espalda contra la cama. Me ordena que la siga, junto con otras chicas más, una de las cuales es mayor, tendrá unos cuarenta años y acento de Marsella. En el cobertizo de las herramientas nos señala una especie de bandeja ancha un poco honda con dos asas a los lados, un *trag*. Luego nos planta delante de un montón de piedras. Nuestra tarea: poner las piedras en el *trag* y llevarlas a otro sitio.

La cuarentena no tiene nada que ver con las enfermedades, es un aprendizaje de la vida en el campo. No hay explicaciones ni manual de instrucciones: aprendes o mueres.

Me junto con la marsellesa, se llama Aimée. Hay que cargar las piedras allí y descargarlas más allá. Una vez lleno de piedras, es imposible levantar el *trag*, así que quito una o dos. Y así

cada vez. Al cabo de un rato, como no veo que nos vigile nadie, pongo menos piedras, tres o cuatro quizá... Pero entonces se precipita sobre nosotras una soldado que debía de estar observándonos desde lejos. Habla en alemán, yo no entiendo nada más que su rabia. Aún no conocemos las reglas: no mirar a los ojos, no contestar nunca. Aimée le replica:

—Pero ¿qué quieres? No te entiendo, ¡no puedes hablarnos así!

La soldado blande la culata de su arma y la golpea en el arco ciliar, le parte el labio y se pone a asestarle porrazos como una fiera, hasta que cae desplomada. Una vez en el suelo, se ensaña con ella, la emprende a patadas en la tripa, la cabeza y las piernas, mientras el cuerpo de Aimée se acurruca. Y yo, detrás, sólo soy capaz de repetir:

—*Nicht Verstehen!*, *Nicht Verstehen!*, no comprendemos, no comprendemos...